

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 72.—BARCELONA 5 DE OCTUBRE DE 1915



Entrada del archiduque Federico en Lemberg, después de la reconquista de esta capital

CRONICA INTERNACIONAL

I.—Grecia, Serbia, Bulgaria y Turquía.—II. La actitud de Bulgaria

I.—Grecia, Serbia, Bulgaria y Turquía

Las guerras balkánicas de 1912 y 1913 fueron tergiversadas por la prensa, y al occidente de Europa se le hizo creer que los acontecimientos guerreros tuvieron un alcance y unas proporciones muy superiores a la realidad. El ejército turco estaba a la sazón abandonado, más que desorganizado, y puso en campaña unos efectivos insuficientes, que no llegaban a la mitad de lo que decían los periódicos. Interesadas Serbia, Bulgaria y Grecia en recabar para sus armas hermosas glorias militares y acreditar a sus ejércitos, el camino natural para conseguirlo consistió en exagerar la pujanza y número del adversario, de los turcos, y en atribuir al resultado de victoriosos combates lo que fué consecuencia de convenios y pactos. Así, por ejemplo, los 100.000 turcos que se había dicho lucharon en Kumanovo, se ha sabido luego que no llegaron a 30.000; la famosa conquista de Skútari por asalto, sólo existió en ciertas imaginaciones; Essad Bajá se puso de acuerdo con serbios y montenegrinos, y evacuó la plaza

al frente de sus tropas, sin que nadie le molestara; lo mismo sucedió con Yanina, nombre que aprovecharon los griegos para cantar las hazañas de sus tropas; toda la campaña turco-griega se deslizó sin otro combate de importancia que la derrota de los griegos por Dyavid Bajá, al S. de Monastir; las terribles batallas de los montenegrinos no llegaron nunca a revestir otro carácter que el de encuentros de guerrilleros y lucha en terreno montañoso; el resonante triunfo de Kirk-Kilisé fué un regalo de los turcos, que sorprendió, antes que a nadie, a los vencedores búlgaros. En resumen, aquella guerra, y lo mismo la de 1913, fué presentada a Europa después de amplificarla tres veces; la realidad era infinitamente más modesta.

Si esto aconteció con los hechos militares, la desorientación aún fué mayor en lo que atañe a la parte política; y sobre este punto conviene hacer algunas reflexiones completamente exactas, que explican varias cosas acaecidas después.

La guerra fué preparada y promovida por Bulgaria, que contó desde el primer momento con la co-

operación de Grecia y la más reservada de Serbia, nación que sólo se avino a entrar en la alianza después de largas negociaciones. Bulgaria creía batir completamente a los turcos y asumir enseguida la hegemonía en los Balkanes. Pero los gobiernos a veces planean unos proyectos y el espíritu público modifica su desarrollo.

Entre Grecia y Turquía existía un odio inveterado, secular, mortal, que no se ha extinguido todavía; turcos y serbios se respetaban mutuamente, y la discordia entre ellos era más de los gobiernos que de los pueblos; búlgaros y turcos simpatizaban y estaban en buenas relaciones; en cambio, entre Bulgaria y Serbia había completa separación, celos, suspicacias y antagonismos, lo mismo en las altas esferas que en las clases populares; y los búlgaros, despreciaban a los griegos, a quienes reputaban inferiores. Al declarar la triple alianza la guerra al imperio otomano, cada uno de los tres confederados persiguió la derrota de Turquía, simplemente como el medio indispensable para conquistar la supremacía en los Balkanes. Cada cual esperaba vencer y que sus aliados fueran derrotados o salieran gravemente derrotados. No es de extrañar que el resultado de la campaña no contentara a ninguno, y que inmediatamente de concertarse la paz con la Sublime Puerta, dejaran los tres a un lado el medio circunstancial y se propusieran alcanzar el fin principal. El nuevo tratado de paz, los dejó nuevamente disgustados, en particular a Serbia y Bulgaria; esta última, que se creía, probablemente con justicia, la principal autora del vencimiento de los turcos, quedó burlada en sus esperanzas, y más aún por la inesperada intervención de Rumanía a última hora. Se derramó mucha sangre, los reinos hicieron grandes sacrificios y el problema siguió en pie: ¿quién iba a mandar: Serbia o Bulgaria? La actitud futura de Turquía tendría grande importancia.

Las simpatías entre turcos y búlgaros, muy mezclados en Bulgaria, Macedonia y Tracia, crecieron después de la guerra. Interpuestas Bulgaria y Grecia, desaparecieron las pequeñas asperezas entre Serbia y Turquía, volviendo a reinar la amistad que antes las unió. En cambio, se acentuaron las irreductibles diferencias entre Turquía y Grecia. De esta última dependería en lo sucesivo la conservación o el rompimiento del equilibrio en los Balkanes. Los serbios se condujeron bien con los griegos y les ayudaron desinteresadamente y noblemente en la primera guerra; además, aquellos sólo aspiraban a salir al Adriático, mientras que Bulgaria quería extenderse todo lo posible en las costas del Egeo, con perjuicio para Grecia. Fué, pues, natural que se fortaleciera la amistad serbio-griega, y que se pronunciaran más vigorosos los antagonismos entre Serbia y Grecia, por una parte, y Bulgaria por otra. Turquía, a su vez, había de inclinarse al bando opuesto al de Grecia, de modo que esta nación vino a ser, en último término, la que definió la situación política en los Balkanes.

Estuviera Grecia al lado de Bulgaria, y Turquía buscara el apoyo de Serbia; en tal caso, es muy posible que los alemanes no hubieran logrado la intervención de los turcos contra los aliados. Pero, en cuanto Grecia se puso de acuerdo con Serbia, fué fácil la inteligencia entre Turquía y Bulgaria: la

primera apuntaba contra Grecia y contra Serbia la segunda, coincidiendo los sentimientos y deseos de las dos. Ese era y sigue siendo el estado de la opinión pública en los Balkanes; en las resoluciones de los gobiernos habían de pesar, además, el estado de guerra entre Serbia y Austria, y la perenne amenaza de Rumanía. Para despejar la situación, era menester un tercer factor, que pudo ser Alemania y Austria o la alianza anglo-franco-rusa.

II.—La actitud de Bulgaria

Cuando se publique esta crónica, dentro de siete u ocho días, ya se habrá esclarecido el enigma búlgaro. Redoblaban los aliados sus gestiones cerca del Gobierno de Sofía y comenzaban a prometerse de ellas felices resultados, cuando la presencia del duque de Macklenburgo, coronando sus esfuerzos en pro del acuerdo turco-búlgaro, imprimió una nueva marcha a los acontecimientos.

Súbitamente, Bulgaria decreta la movilización general de su ejército, pero tiene el cuidado de afirmar que sólo va a la neutralidad armada, y que no interrumpirá sus conversaciones diplomáticas ni con los imperios centrales ni con las naciones aliadas. Pero como no es creíble que realice un gasto superior a sus fuerzas y se concite la enemiga general, sólo por el gusto de armarse hasta los dientes, claro es que apunta contra alguien, lo que equivale a afiliarse en uno de los grupos beligerantes. No es creíble que ponga sus miras en Turquía, porque acaba de concertar con ella un tratado que le ha puesto en posesión de no escasa parte de Tracia; si proyectara lanzarse contra Turquía, lo lógico hubiera sido que firmara antes un convenio con los aliados, para abrirles el camino de Constantinopla, toda vez que sería un sueño que Bulgaria creyese posible el adueñarse ella sola de la capital otomana, enemistándose con el resto de Europa. Luego, sus miras no van contra Turquía; el objetivo es otro.

Que en el momento de ordenar la movilización, Bulgaria no pensaba ponerse al lado de los aliados, lo demuestra la actitud airada, de abierta indignación, de los periódicos ingleses, franceses y rusos. Lo raro del caso es que tampoco los periódicos alemanes dan rienda suelta a su alegría, y se muestran, más que recelosos, circunspectos. El hecho no tiene nada de sorprendente, a poco que se medite.

¿Es que torzosamente cualquier neutral sólo puede abrazar el partido de los aliados o el de sus adversarios? ¿No debe preocuparse, antes, de sí mismo? Seguramente, así obra Bulgaria, y si cree contar con fuerzas suficientes para sostener sus pretensiones, obra bien; el que llega tarde se expone a quedarse sin nada.

Conocidas las reivindicaciones búlgaras sobre la Macedonia, es natural que Bulgaria, que ve ocupada a Europa en asuntos de más fuste, persiga la realización de sus planes, defraudados en 1913 con beneficio para Serbia y Grecia. Turquía se ha allanado al engrandecimiento de Bulgaria, pero no los griegos, ni los serbios; y como éstos vuelven a estar amenazados por los austro-alemanes, el momento es propicio para que cedan a los requerimientos búlgaros o tengan que defenderse contra un doble ataque, difícil de contrarrestar.

La prueba de que el objetivo es Macedonia, se encuentra en los aprestos militares de Grecia y Serbia en las fronteras búlgaras. Si a última hora Serbia se humilla y entrega lo que a juicio de Bulgaria arrebató en 1913, es posible que no ocurra nada; de lo contrario, la guerra estallará en los Balkanes.

Considerada la cuestión bajo este aspecto, como todo lo que vaya contra Serbia favorece a Austria, la actitud de Bulgaria es contraria a los aliados; pero también cabría que en cualquier momento ofreciese a éstos las costas de Tracia para marchar contra Constantinopla, encontrando así la compensación de su error si fueran vencidos los imperios centrales. De donde resulta que la inmediata y directamente amenazada es Serbia, que no ha contado ni podrá contar con la ayuda eficaz de los aliados; es la historia de siempre: el pequeño que toma parte en las querellas de los grandes, sale sacrificado, y ni sus mismos le hacen caso, porque tienen que preocuparse de sí mismos.

Hablar de Bulgaria y no mentar a Rumanía sería falta imperdonable. ¿Qué hará Rumanía? Si apoya a la primera, se malquista con Rusia; si rompe con aquella, tendrá que sufrir la acometida austro-alemana. Bulgaria no parece temer mucho a Rumanía, tal vez porque esté de acuerdo con ella. Sólo que Rumanía, por su posición geográfica, no puede obrar con la independencia de Bulgaria, y ha de caer con más franqueza en pro o en contra de los imperios aliados. Con sus dudas y vacilaciones, corre el riesgo de indisponerse con los unos y con los otros y no quedar bien con nadie. Por de pronto, en vez de dos peligros los que tenía en sus fronteras de la Besarabia y Bukovina y Transilvania, son ahora tres los que ha de tener en cuenta.

Grecia es fácil que llegue a convenirse con Bulgaria, si una cesión en las costas del Egeo se compensa con una expansión en las de Albania; como estos cambios no serían tolerados por los aliados, lo probable es que se aplacen hasta que se decida la guerra; entre tanto, el sagaz Venizelos se mostrará enojado con Bulgaria, prodigará buenas palabras a los aliados, no romperá con los germanos, y se resistirá a desnudar el acero. No le conviene una guerra en los Balkanes, teniendo tanto que perder en el Egeo y el Adriático; sólo obligada por la fuerza renunciará a su neutralidad.

F. LARIN.

COMO CORRESPONSAL AL FRENTE

La guerra de posiciones

(De nuestro Corresponsal)

XVI

Después de haber seguido conmigo una línea de fosos y zanjás, teatro de una guerra moderna, habrase despertado seguramente en el lector atento, el deseo de formarse una idea, completa de conjunto, de lo que un sistema semejante de combate es en sí. Para satisfacer tan justa curiosidad, voy a tratar de caracterizar el método llamado de posiciones, apuntando, siquiera sea a grandes rasgos, los distintivos

que le separan de los antiguos, su objeto y fines tácticos y prácticos, su naturaleza y, en fin, la manera como se conduce la guerra de las posiciones.

Aún no hace mucho que la ciencia de las armas sólo consideraba dos formas fundamentales de la guerra, a saber: la *campal* ante todo y la de *fortalezas*. Es la guerra europea, que actualmente estremece al mundo entero con el rugir de sus cañones, quien ha hecho surgir a la luz la nueva forma: la *guerra de posiciones*. La voz «posiciones» no es nueva en el vocabulario militar. Solo que hasta aquí se le aplicó a *combates de posiciones*. Estos eran acontecimientos aislados que podían acaecer porque circunstancias especiales o momentáneas así lo requirían; eran momentos, por decirlo así, de una guerra de movimientos. Un ejército que no se consideraba bastante fuerte para presentar frente a su adversario, replegabase tras de defensas naturales del terreno que, disminuyendo la eficacia del ataque de éste, favorecían su acción propia. Si las defensas naturales hacían falta, procurabase organizarlas rápidamente con trincheras artificiales; pero, fuerza es decirlo, sin pensar que le sirvieran más que para el combate por librar. Así, por ejemplo, en los combates de Gravelotte y Saint Privat en 1870, levantaron los franceses trincheras en la planicie y fortificaron un tanto los pueblos para servirse de ellos como puntos de apoyo. Procedimiento parecido se empleó en la Mandchuria cerca de Mukden y del río Shabo durante la guerra ruso-japonesa y frente a Tchataldja en la de los Balkanes. Su duración mayor en esta última, daba ya un indicio de lo que habrían de llegar a significar más tarde y, sin embargo, su existencia fué por demas perentoria. Nadie pudo presentir en aquel entonces el desarrollo inesperado que las ha dilatado ahora en el tiempo y el espacio en proporciones tan colosales.

De todas maneras, la técnica militar les dedicó atención especial en los últimos años. Los ejércitos de las grandes potencias aumentaron el efectivo proporcional de sus cuerpos de ingenieros y zapadores; doblóse en intensidad y amplióse en extensión la instrucción sobre el arte de fortificar un campo de batalla. Los resultados han rebasado con mucho todas las previsiones.

De la guerra campal tiene la de posiciones, hasta un cierto punto, la libertad de movimientos, la facultad de avance y de ataque, de que está privado un ejército encerrado en una fortaleza. Las posiciones y las fortalezas tienen de común la resistencia o, más precisamente, la propiedad de ocultar las tropas al fuego enemigo, por mas que las segundas estén en este sentido muy por encima de las primeras, lo que hace preciso el uso de medios y armas especialmente poderosas para su ataque, en tanto que contra las fortificaciones campales se emplean predominantemente los medios ordinarios de combate.

La resistencia que presentan a la ofensiva enemiga las trincheras, siendo más débil que la de una fortaleza, deja muy atrás a un campo raso. En este punto de vista se colocan quienes otorgan al sistema de posiciones un lugar intermedio entre los dos antiguos.

Pero no son los *combates de posiciones* los característicos de la guerra moderna: característico

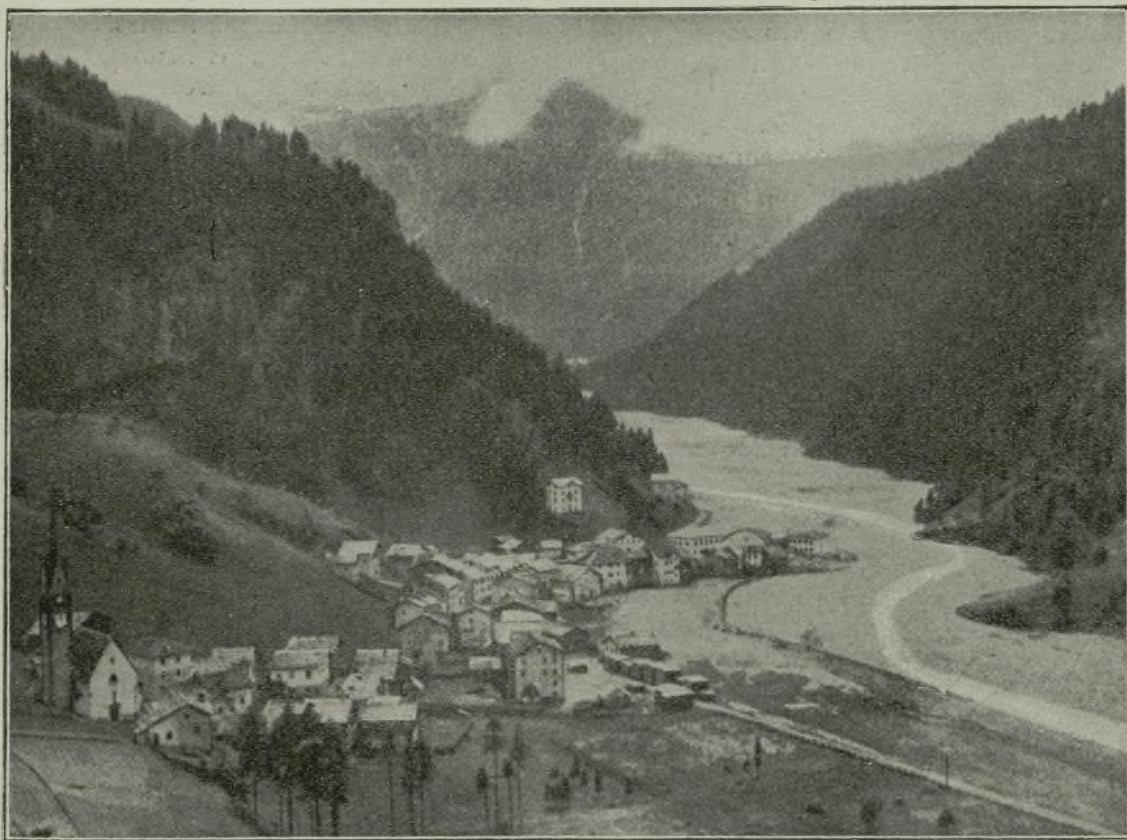
es la *guerra de posiciones*. ¿A quién no ha herido la vista y colmado de sorpresa el luchar constante, ininterrumpido desde Flandes hasta Suiza, durante nueve meses?

Este nuevo aspecto de la guerra se debe a múltiples causas nacidas en los últimos tiempos, secundadas por la técnica, que siempre va detrás de las necesidades (si bien raramente ayuda a crear éstas). La creación del servicio militar obligatorio efectivo y el aumento de población en los países de Europa ha dado lugar a esos ejércitos de millones de soldados que vemos combatir en la actualidad. Ejércitos tan numerosos han menester, para substraerse a la acción mortífera de los instrumentos de combate perfeccionados, un auxiliar poderoso, como la fortificación de campaña. Ahora bien, un campo de batalla

transportabilidad o movilidad. De ahí que hubiera de adoptarse un sistema de fortificaciones que llenara en lo posible los dos requisitos indispensables para la combinación de la defensa y el ataque; resguardo contra los proyectiles terribles, dejando libertad de acción y de avance; en una palabra, eran precisas las posiciones atrincheradas.

La guerra de posiciones nació en tierra francesa, de padres germanos. Con otras palabras: en la campaña alemana en Francia en los meses de agosto y septiembre de 1914 entró a formar parte de las adquisiciones del arte militar. Y fué de la manera siguiente.

Después de un avance atrevido y rapidísimo, ante el cual las aguerridas tropas del General Joffre hubieron de perder la cabeza, retrocediendo intem-



Capriè, el primer pueblo italiano en la frontera de los Dolomitas

de varios centenares de kilómetros de frente imposibilita una dirección única y uniforme, en todos sus puntos, que pueda obrar con la rapidez necesaria a una acción eficaz de conjunto.

El ojo del jefe tiene que estar pendiente de las mil variaciones que puedan ocurrir en la línea entera. Y, sin embargo, el todo tiene que obrar como una unidad orgánica, si no se ha de exponer a los peligros de una circunvalación aquí y allá. Dado este estado de cosas, una victoria completa requiere un ataque (relativamente) lento y uniforme. ¿Pero cómo responder a esta necesidad, cuando se usa de un material de guerra tan eficaz como el moderno? — ¿Fortificándose? — Seguramente, fortificándose. Fortalezas sólo pueden emplearse en casos especiales; cuando existen en el lugar adecuado, pues su construcción requiere trabajos muy largos. Por otra parte, la ofensiva debe mantenerse siempre viva y expedita y las fortalezas no llenan las condiciones de

pestitivamente, hasta detrás del Marne, los ejércitos invasores de Kluck, Bülow y Hausen encontráronse aquí con el frente enemigo reorganizado para una ofensiva, tanto más peligrosa, cuanto que sus fuerzas eran considerablemente superiores en número. El general en Jefe francés concentró fuerzas al Oeste con el objeto de envolver el ala derecha alemana y destruirla por las espaldas. A tiempo fué reconocida la intención (8 septiembre). Una retirada total del ejército se hacía indispensable para eludir el peligro del aniquilamiento. Y se verificó con una maestría que carece de precedente en la historia de las batallas. Hasta el Aisne llegó la retirada. Como el hacer frente aquí al enemigo en campo abierto, con fuerzas muy inferiores, era imposible y, por otra parte, la prolongación del retroceso hasta contar con mayores fuerzas produciría grandes perjuicios políticos como militares, se hizo necesario apoyarse en trincheras, que los regimientos de zapadores abrían de

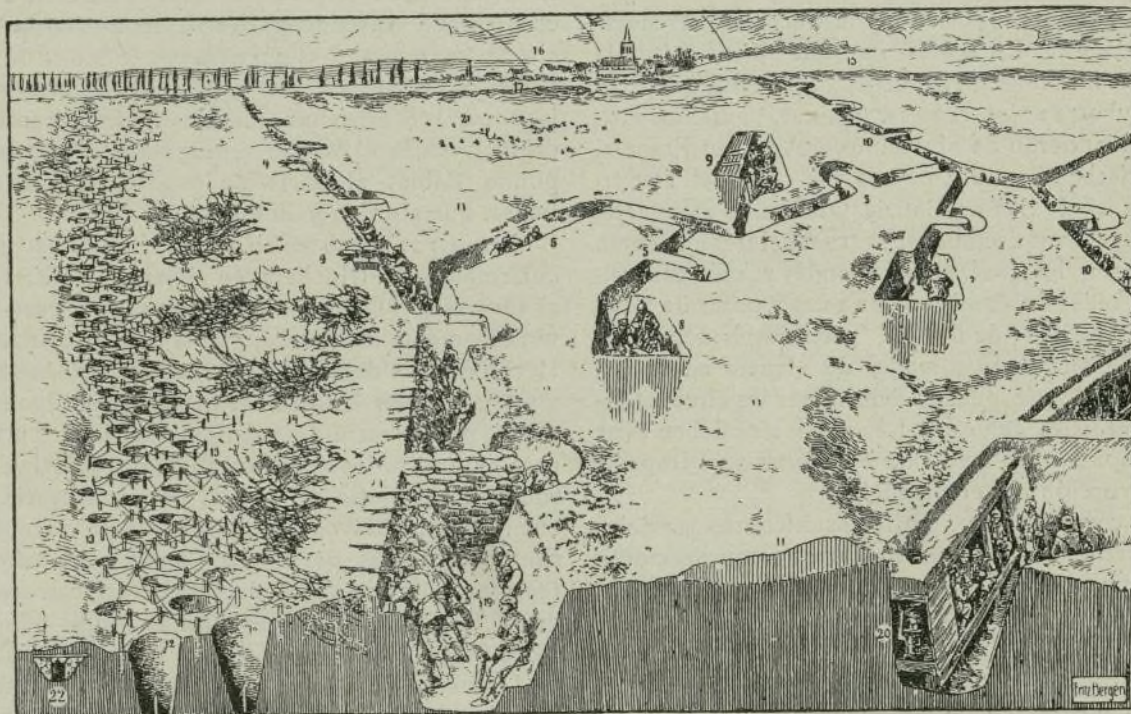
trás, mientras el cuerpo del ejército retrocedía defendiéndose. El frente enemigo avanzó al mismo tiempo y, ante la dificultad de llevar adelante su ofensiva, ni de permanecer a descubierto frente a las bocas de fuego del ejército alemán, hubo también de atrincherarse de manera semejante.

Apareciendo, pues, esta tercera forma de la guerra como un fenómeno de la campaña aludida, habrá que esperar las guerras de lo porvenir para saber si su uso se generaliza. Por nuestra parte permítasenos opinar en sentido negativo; sin que, por lo demás, discutamos en que las futuras guerras de masas de ejércitos como los que ahora vemos combatir en Francia y en Oriente, el mismo método encuentre repetida aplicación.

* *

el perfil hay troneras (a veces protegidas con chapas de acero), cuyo agujero da paso al cañón del fusil y a la mirada del tirador, quedando así cubierta la cabeza de éste.

Para las tropas *auxiliares* y de *reserva* se construyen abrigos especiales, lo más cerca posible de la primera línea (a veces en esta misma). Son por lo general zanjas cubiertas con madera y una gruesa capa de ramas y tierra. Los alojamientos allí mismo, que pueden ser sencillísimos en verano, prestan en invierno un resguardo adecuado a la tropa. Consisten en largos y angostos cuartos de madera o simplemente en cuevas profundas, provistas de estufas de calefacción y lo que se ha podido requerir, en las cercanías, de camas y sillas, pues su estancia en ellos puede prolongarse largas semanas y hasta meses.



ESQUEMA DE UN FRENTE ATRINCHERADO

1. Trincheras de primera línea.—2. Paracascos de sacos terreros.—3. Través.—4. Posición de ametralladoras.—5. Trinchera de comunicación.—6. Abrigo enterrado.—7. Retrete.—8. Puesto telefónico.—9. Sostenes.—10. Trincheras de protección.—11. Masas de tierra, de protección.—12. Pozos de lobo.—13. Alambradas.—14. Talas.—15. Posición de artillería.—16. Batería de morteros, detrás de la aldea.—17. Barricadas en las entradas de la aldea.—18. Escalón para facilitar el tiro.—19. Banqueta para sentarse.—20. Perfil que muestra el interior de una trinchera.—21. Matorrales.—22. Fogata o mina terrestre. (Las distancias entre los elementos de la posición son en la realidad mucho mayores de lo que aparecen en el dibujo).

Veámos ahora cómo están dispuestas fortificaciones de campaña semejantes.

La línea de defensa para la *infantería* es una trinchera casi ininterrumpida, cavada en el terreno mismo. Al construirla hay que tener cuidado de que no se distinga desde el campo enemigo, evitando trazarla en cortes agudos, botando la tierra de la excavación a regular distancia del perfil y cubriendo el parapeto con las plantas que crecen delante. Para que la explosión de una granada dentro del foso no ocasione muchas muertes, se corta éste a trechos de 10 y 15 metros con espaldones (que ya hemos descrito en otra ocasión). El frente de la zanja debe ser lo más escarpado posible, para que el soldado pueda recargarse directamente en el parapeto. Si el terreno es flojo se le sostiene con una pared de tablones. La parte superior de la pared frontal presenta un escalón donde el soldado apoya los codos al tirar. Sobre

Entre las zanjas para las reservas y la línea primera se abren fosos de comunicación, muchas veces así mismo cubiertos.

Si se espera una duración larga se establece todo un sistema de desagüe, para mantener las zanjas en servicio en caso de lluvias o inundaciones y a los soldados en el mejor estado de salud.

Las *ametralladoras* encuentran lugar, generalmente, en la línea delantera; pero no es raro verlas colocadas detrás de ésta, si es posible elevarlas suficientemente para impedir que originen desperfectos en las propias trincheras.

La *artillería*, por el contrario, se sitúa a una distancia considerable, generalmente, 500 metros detrás de la línea de infantería, impidiendo así que el fuego enemigo dirigido contra la infantería toque al mismo tiempo las baterías. Estas son escondidas en las sinuosidades del terreno, tras de una aldea, en un

bosque, etc., o aun en excavaciones al efecto, siempre recubiertas y disimuladas, de manera que el enemigo desde sus posiciones o desde los aires no pueda descubrirlas con facilidad. Posiciones de artillería descubiertas se presentan también; pues en ocasiones es muy útil poder disparar rápida y directamente sobre el adversario atacante. Muy importantes son asimismo baterías simuladas que engañan al enemigo y no raras veces le hacen gastar sin resultados crecido número de proyectiles. Los puestos de observación de artillería, cuidadosamente ocultos y fortificados contra granadas y shrapnels, adelántanse lo más cerca posible del enemigo, buscando elevaciones, no raramente en las cúspides de los árboles de un bosque (*kanzeln*, púlpitos, llámanles los alemanes), entre las rocas escarpadas de un cerro.

Delante de toda posición y fortificación hay siempre obstáculos. Estos presentan una variedad infinita. Son naturales o artificiales. Entre los primeros se encuentran ríos, canales, lagunas, pantanos, etc., etc. Así sirvieron de obstáculos el Aisne en Francia, el río Nethe frente a Amberes y el canal del Yser en Bélgica, el río San en Galizia. Obstáculos artificiales pueden ser inundaciones adecuadas del terreno, como lo hicieron los ingleses en Flandes y, más generalmente, redes de alambres con púas y pozos de lobo, fogatas, caballos de frisa o, más simplemente, ramajes y troncos empalmados de manera adecuada, y otros mil que puedan determinar las circunstancias especiales del caso. Los obstáculos deben estar al alcance del tiro desde las posiciones para impedir su destrucción por el enemigo.

Las comunicaciones entre los diferentes servicios en el frente, consisten en zanjas de comunicación y más atrás en caminos—ya existentes o establecidos al efecto—, que hay que conservar en las mejores condiciones. Zanjas y puestos de mando, centinelas y reservas, puestos de observación y baterías, todas las partes y lugares de las posiciones se comunican entre sí por medio de teléfonos, campanillas eléctricas, señales de luz, como lámparas y cohetes, o de ruido, como salvas de pistola.

De las comunicaciones con la retaguardia, que aseguran el abastecimiento con hombres y el alejamiento de heridos, el pertrecho con armamento y munición, el aprovisionamiento ininterrumpido de víveres, hemos ya hablado al tratar de los servicios de etapas. Sólo insistiré sobre el cuidado que se pone en hacer llegar los ferrocarriles lo más cerca posible de las trincheras y el uso que suele hacerse de wagones acorazados, armados de cañones.

El mando cuenta con medios poderosos de observación. Sus estaciones se colocan en sitios dominantes detrás de las trincheras. Potentes telescopios, los magníficos anteojos tijeras, telémetros, reflectores que iluminan en un momento dado una porción indicada del campo enemigo durante la noche, y otros más, son instrumentos indispensables.

Aeroplanos, buques aéreos y globos cautivos prestan servicios como medios de investigación descubriendo movimientos y posiciones enemigas y preparativos de ataque, arrojando bombas sobre el adversario. Sus hangars se colocan fuera del alcance del fuego enemigo.

Las noticias que recogen en sus vuelos de explo-

ración las comunican inmediatamente al Estado Mayor, bien por teléfono, bien por medio de la *telegrafía sin hilos* (ésta presta, por lo demás, incalculables servicios como medio de comunicación entre los diversos cuerpos de un mismo ejército). Pero no es todo. Provistos de magníficas cámaras fotográficas, toman vistas del campo enemigo que, sin tardanza reveladas y copiadas, proporcionan datos preciosos que el ojo pasó inadvertidos.

Medios especiales de combate los hay también, fuera de los que de las notas anteriores se desprenden. Cuando las trincheras de ambos ejércitos están separadas por una distancia tan corta (hasta de 30 m), que los proyectiles de la artillería pueden fácilmente dañar sus propias trincheras, hácese uso de los morieros de mano y lanza-bombas en la trinchera misma. Las bombas así lanzadas describen un arco alargado, cayendo casi verticalmente en las trincheras enemigas. Las granadas de mano extraordinariamente perfeccionadas desde la guerra ruso-japonesa son arma muy usada. Al efecto contusivo de la granada al estallar, únese actualmente un segundo, debido al efecto de los gases con que están llenas, que aturden y atolondran.

Las zapas consisten en zanjas abiertas perpendicularmente a la trinchera, en zig-zag, para acercarse al adversario. Las galerías de minas conducen subterráneamente hasta debajo de la trinchera enemiga. Hecho esto, se deposita una mina, se tapa la galería y se hace volar la línea enemiga. El enemigo construirá muy a menudo galerías de minas también; para neutralizarlas se conducen contra-galerías, y así sucesivamente. La caballería, por el contrario, encuentra reducida oportunidad de acción en estos campos cruzados por zanjas y estorbos en todas direcciones. Los soldados del arma verifican ataques de sable, a pie, a las trincheras enemigas o luchan como infantes con sus carabinas.

Llama, en fin, muchísimo la atención que los soldados puedan sostenerse semanas enteras en las líneas de fuego. Viene de que se cree que el soldado está sin interrupción noche y día apoyado el pecho sobre la trinchera, abierto el ojo y el fuego contra el adversario. Este no es incondicionalmente el caso. En la primera línea vigila, ciertamente, un cierto número de soldados el terreno al frente constantemente. Sólo cuando esta guardia comunica la voz de alarma, salen a ocupar sus puestos las tropas que descansan en los variados alojamientos que hemos visto dentro de las trincheras mismas. El reemplazo de tropas se verifica con la regularidad alcanzable, generalmente durante la noche. Hay que tener gran cuidado de que los soldados en las trincheras siempre estén frescos y listos para el combate. Con este fin se observan multitud de medidas conducentes, basadas todas en la más amplia libertad del soldado, que cabe dentro de la buena disciplina militar. En las trincheras mismas hemos tenido ocasión (véase artículo XIV «En las trincheras») de encontrar a las tropas en un estado de ánimo inesperado; no sólo contentas, sino hasta divertidas.

En la retaguardia, las tropas de relevo se mantienen, de manera semejante, en el mejor estado. Allí se ejercita a los soldados como en tiempo de paz, para que conserven su plasticidad, disciplina y salud corporal. No es, sin embargo, sólo el cuerpo,

cuando se trata de un ejército compuesto de hombres de una civilización adelantada, el que requiere atención. El espíritu es de importancia capital. Periódicos editados por los soldados mismos: El «B. Z. de Bapaume», «La Gazette des Ardennes», en Mezieres, la «Kriegs Zeitung» en Saint Quentin, entre otros; diarios y libros enviados de la patria; la correspondencia del «terruño» (el correo de campaña funciona con la regularidad más digna de encomios), proporcionan lectura y noticias de todo el mundo. Cigarros y cigarrillos repartidos por órdenes superiores o recibidos en los paquetitos que se llaman con la expresiva voz de «Liebesgaben» (obsequios de amor) y que parientes, amigos o desconocidos envían en cantidades muy crecidas, acompañando alguna botellita de licor o bombones, amenizan en alto grado los ratos de solaz. Se organizan juegos de variadas naturalezas, aún en grandes proporciones, cuál un Luna Park. Las facilidades para adquirir cuanto puede desearse, las hay hasta en las aldeas más abandonadas por sus habitantes. El ir y venir de los soldados con su buen humor bonachón da cierta vida a estos lugares azotados tan cruelmente por la impía mano de la guerra.

* * *

La descripción de un ataque del enemigo dará una idea clara de esta complicada máquina puesta en actividad.

Hace dos días y una noche que la artillería enemiga atruena los aires. El regimiento ha contado cerca de 5.000 proyectiles. Hoy es la segunda noche. El fuego, antes que cesar, parece aumentar.

Tres aeroplanos enemigos volaban hará una hora sobre el campo, donde arrojaron algunas bombas. Cinco aviadores salieron en su persegimiento, haciéndolos volver el vuelo hacia el campamento francés. De los cinco aeroplanos, tres continuaron muy lejos la persecución. El uno fué alcanzado por una bala francesa; los otros dos han vuelto. Su tripulación telefona con el Estado Mayor. Una actividad extraordinaria parece notarse en las filas enemigas. Mayores detalles no pueden dar; el sol había caído y la visión era difícil.

En efecto, apenas se oscurece la atmósfera y el ejército de infantería francés se despliega en línea de combate muy lejos detrás de sus trincheras, empieza a avanzar lentamente primero, cada vez más rápido por entre zanjás y trincheras hacia el frente extremo.

La artillería alemana contesta al nutrido fuego enemigo, en intervalos; pero con terquedad. Las reservas de infantería se han apostado en sus trincheras, prontas a defenderse; pues un tiroteo de artillería de esa naturaleza suele anunciar una ofensiva. La guardia en los fosos avanzados ha sido redoblada. De tiempo en tiempo cae en la zona neutral un cohete, iluminando por un momento la región. Nada puede verse que sea extraño. Ningún movimiento. Todo está apacible y tranquilo. Sólo obuses y morteros arrojan sin cesar sus heraldos de destrucción y muerte por sus invisibles bocas de hierro. Desde un puesto de observación telefona un oficial con las baterías. Un instante después, conmueve tierra y cielo una explosión estrepitosa. Luego viene una ligera pausa y el tronar y golpear es tal, que si cierro los ojos me imagino estar en un salón gigantesco

donde centenares de máquinas de escribir dejaran escuchar su tecleo sin ritmo.

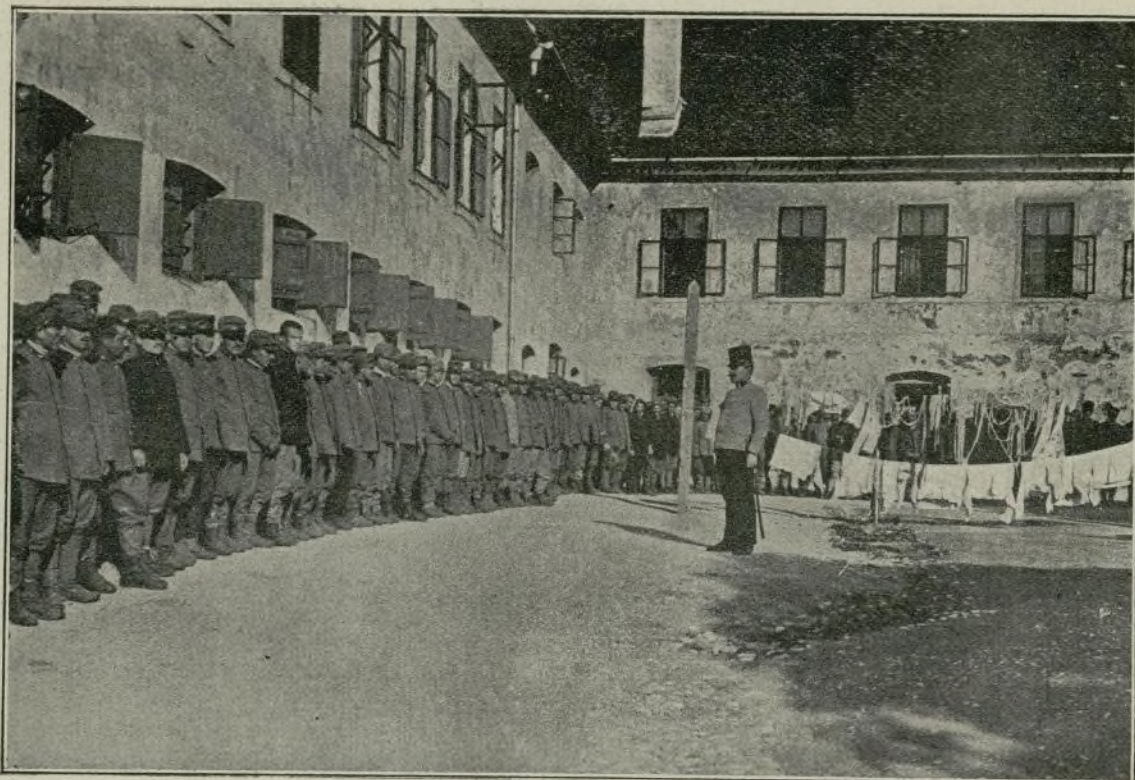
En las posiciones francesas nadie duerme. Los oficiales, frente a sus soldados en tensión, tienen el reloj en la mano y ven pasar minuto tras minuto con la lentitud exasperante de los siglos.

Como el violento golpear de las gruesas gotas de agua sobre las vidrieras de una ventana, desviadas por el soplo repentino de un viento invernal, así suenan a lo lejos las detonaciones de una docena de armas de fuego. Es acaso una patrulla de ingenieros que, oculta por aquel bosquecillo de la derecha, y aprovechando la obscuridad intensa de la noche, se atrevió demasiado adentro entre los árboles.

Al frente estalla el proyectil de una pistola de iluminación, en la orilla misma del foso enemigo. Una cabeza se hunde en él. Una bala atraviesa rápida el espacio de unos cien metros que hay entre las posiciones adversarias y, antes que el bulto haya desaparecido totalmente, hace volar el alto quepis francés.

El tiro de la artillería francesa, dirigido hasta aquí preponderantemente contra la artillería alemana empieza a acercarse poco a poco a las trincheras. Sobre éstas y dentro de los fosos estallan granadas, que caen en una lluvia incesante de fuego. La ofensiva enemiga está próxima. El telégrafo sin hilos funciona sin cesar en comunicación con la retaguardia para asegurar reemplazo oportuno. Dentro de las posiciones están todos los teléfonos en uso. Las campanillas eléctricas suenan repetidas veces. Todo el mundo está en espera o en actividad. Una nerviosidad creciente recorre el campo entero despierto, alerta, como un solo organismo humano conmovido por una corriente eléctrica. Soldados de sanidad transportan heridos de las trincheras; patrullas, agazapándose entre las yerbas, tras de los árboles donde una pared derrumbada o cualquier otro obstáculo pueden ocultarlos un poco al adversario, avanzan, como ladrones temerosos, para indagar lo que los otros hacen. La artillería enemiga obstruye con bombas cada camino, cada vereda detrás de las trincheras, para impedir la comunicación con la retaguardia. Granadas de mano y bombas arrojadas por los lanza-bombas estallan sin cesar en los fosos más adelantados, en una cantidad tal, que la infantería que ocupa éstos ha de retroceder aquí y allá. La matanza es terrible. Patrullas de ingenieros y zapadores salen de vez en cuando sobre las trincheras y arreglan a las volandas algún trecho de alambradas destruidas por los proyectiles enemigos. No más de una mitad de los que salen vuelve a la zanja inmediata. El cono luminoso de los reflectores proveniente ya de este lado, ya de aquel, ilumina regiones circulares. Como de día puede verse el campo; pero ni un hombre se divisa, ni un movimiento se observa. Luego se apaga precavido.

Y el ancho y mucho más largo campo, salpicado de fuegos que en el aire o en el suelo se abren y derraman en estrellas luminosas, surcado a las veces por el espejo límpido de una corriente reflejan por momentos la luz brillante de un reflector, salpican aquí y allá por alguna torre puntiaguda o la cima de algún monte, que aparece en el cielo sin base visible, para desaparecer un instante después, semeja al inmenso jardín de algún rey fabuloso y magnífico



Grupos de prisioneros italianos

que festeja sus nupcias felices con la más bella de las princesas altivas que trajera en botín de sus triunfos innúmeros.

Nuestros relojes marcan la 1 de la mañana. Para los franceses es media noche. ¡Un «Hurrah!» estentóreo sale de mil bocas en la trinchera vecina. Es la hora acordada del avance. Y, en medio del coro guerrero atronador, trepa toda la línea a los bordes de la

trinchera en los lugares despojados de obstáculos y adelanta hacia la línea alemana, como una muralla viviente vomitando granadas y bombas. Ya están en la zona neutral los franceses. Sus reflectores todos vienen a posar las bases de sus conos oblicuos sobre los obstáculos y trincheras alemanas. Y mientras los soldados se esfuerzan en despejar su camino de alambres y descubrir los pozos de lobo huyendo de las



Celebración en Constantinopla del 462 aniversario de la conquista de aquella capital por los turcos



General Pflanzer-Baltin, comandante de uno de los ejércitos austriacos de la Galizia Oriental

minas que estén a su paso, intenta la infantería alemana recobrar sus fosos delanteros, no ha mucho abandonados. En vano esta vez. El francés los tiene en sus manos. En el bosque callaron los fusiles. Se lucha a arma blanca, cuerpo a cuerpo. En las zanjass estallan minas y suenan bombas; las ametralladoras traquetean sin cesar, produciendo el ruido que producen los dientes de un niño tiritante de frío. En

las zanjass de comunicación se encarniza la lucha. Los cuerpos caen unos sobre otros, como sacas de arena. Al clamor entusiasta del combate únense el lamento de heridos que sangran y el expirar postremo de los bravos que entregan el alma a los vientos.

El cañoneo francés ha cesado de hacer blanco en las posiciones alemanas, por impedir los daños en su propia infantería. Las reservas alemanas, con mu-



El barón Hazai (en primer término), jefe de la honved húngara

chas pérdidas, se acercan cada vez más al lugar del combate. El empuje es soberbio. Las bajas, sin fin. La lucha entre valientes es cruel, y es grandiosa. Paso a paso avanza el alemán sobre cadáveres y escombros, recobrando centímetro por centímetro,—milímetro por milímetro—, los fosos perdidos. Al fin tienen de nuevo sus posiciones. Un griterío atruena el aire. «¡Hurra!» En el bosquecillo de la derecha han sido cortados los defensores del resto del cuerpo. El francés los tomó prisioneros y se ha hecho fuerte en el límite de este lado, atrincherando sacos de arena entre los troncos de los árboles.

En el resto de la línea vuelve a ocupar sus antiguas posiciones, habiendo dejado muchos prisioneros y más muertos en su intento aguerrido.

Ambas artillerías se dejan oír de cuando en cuando, por baterías, anunciando que están prestas aún a la lucha, aunque incompletas....

Por lo demás, todo queda como antes. Amanece.

Entre las nubes espesas, separándolas, asoma el sol. Y sus rayos de oro iluminan mil cuerpos tendidos, salpicados de sangre y quemados de pólvora....

J. C. GUERRERO.

Primavera de 1915.

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

¡Fin desastroso!

—A mí me hace más gracia la agudeza baturra que la andaluza. Un gracioso *serio*, me encanta; por eso, cuando sale un inglés chistoso no hay quien pueda con él; es cosa de derretirse de risa.

(El señor B).—¿Qué tiene que ver lo que V. dice con la guerra?

—¡Mucho! Esta guerra no habrá revelado grandes talentos militares, yo creo que sí, pero ha sacado de la obscuridad a montones de ingenios más o menos literarios y a unos cuantos escritores jocosos que le alegran a uno la vida y casi hacen entrar ganas de que nos apaleen; porque ¡cuidado que es dicha la de ser derrotado! y ¡qué desgracia el obtener victoria tras victoria! Naturalmente, a la postre todos nos hemos de morir, y entonces ¿de qué nos servirán los triunfos?

(El señor A).—Si los alemanes pensaran así, no se engreirían tanto.

—No sé lo que piensan los alemanes, ni me importa. Lo que digo es que esa filosofía del «morir habemos», ni nos priva de saborear un buen *pudding*, ni de regodearnos con un apetitoso *roastbeef*, ni de fumar olorosos vegueros; los demás que se disciplinen y azoten, y recen por nuestras ánimas. Todo se ha de repartir en este mundo: unos ayunan, y los otros aconsejan que se ayune. Así ¡da gusto cómo marchan las cosas, sobre todo vistas desde el campo de los que no ayunan! V. trabaje y yo comeré; V. tendrá la conciencia tranquila y yo el estómago lleno; esto no es epicúreo, es británico, que vale más.

(El señor B).—No veo asomar la gracia, francamente.

—De cuerpo entero la va V. a ver. ¿Cuántas clases de estrategia hay, dejando aparte la que se traduce en carreras en pelo? ¿Una, dos, tres...?

(El señor A).—No entiendo mucho en achaques de estrategia, pero me atrevo a decir que sólo hay una, invariable, fija.

—¿A gusto del consumidor? ¿según el capricho de cada cual?

(El señor B).—No hay capricho que valga: por la fruta se conoce el árbol y por sus resultados la estrategia. ¿Discrepará V. de mi opinión?

—Yo no discrepo de nada; no hago más que reír, porque ahora pertenezco al grupo de los que no se ponen cilicios ni se maceran a disciplinazos. ¿Qué opina V. de la estrategia de los alemanes en el E.?

(El señor B).—¡Psh! ¡Regular! ¡No está mal!

—¿Y de la adoptada por los franco-ingleses en el O.?

(El señor B).—¡Soberbia! ¡Magnífica! ¡Espléndida!

—¿Y de la seguida por el noble Gran Duque y sus generales?

(El señor B).—¡Detestable! ¡Pésima! ¡Inadmisible!

—V. no ha leído lo que dice su oráculo. ¡No! ¡No tome V. el sombrero! ¡Tenga paciencia, que hoy va V. a comer con más apetito! Voy a leer: «La ejecución de una retirada indispensable por el Gran Duque Nicolás y los comandantes de sus ejércitos ha sido una obra maestra—ya saben ustedes que los maestros suelen estar muy mal pagados, y no es extraño que el Gran Duque haya sido enviado al Cáucaso, a freir turcos—y aunque las intrigas y mixtificaciones que rodean a todo alto mando—¡lagarto! ¡lagarto! eso de lagarto lo digo yo—en campaña nos son desconocidas, todos, aquí en Inglaterra, tenemos la mayor confianza en el Gran Duque y creemos que ha obrado como debía, en circunstancias extremadamente difíciles». ¿Qué le parece a V., señor B?

(El señor B).—Estoy conforme en absoluto. No adivino el motivo de la risa.

—Sigo leyendo: «Por faltarles un personaje (Napoleón) tan estupendo, aunque a menudo tan inconveniente, a los alemanes, hemos visto una mediocre estrategia, desarrollada por generales mediocres con extremadamente pobres resultados». Ahora ¿qué me dice V?

(El señor B).—Que me sigue pareciendo muy bien, y que tiene razón mister Repington... porque supongo que se trata de él.

—¡*Tu dixisti!* mi querido señor B. ¡Llamar pobres resultados a la conquista de dieciocho plazas fuertes, a la dominación de un territorio tan grande como España, al apresamiento de dos millones de rusos y a la captura de millares de cañones y ametralladoras! Y no sólo pobres, sino extremadamente pobres. ¡Menudo cogotazo se ganará el día que yaya a Rusia!

(El señor A).—Es una exageración disculpable, lógica, necesaria. ¿Querría V. que desmoralizara a sus conciudadanos puntualizándoles la gravedad de la derrota rusa? Eso sería pedir demasiado y merecería calificarse de antipatriótica.

—Sigo hojeando, y encuentro títulos como éstos: «Victorias italianas en los dos frentes»; «Derrota de la Guardia turca»; «Victorias rusas en Galizia»; «Fracaso de los alemanes en el Argona», «Victorias del Czar». Examino lo que hay en el fondo de tantas victorias, y todo ello cabe, no en la Azucarería

de Souchez, ni en la Casa del Barquero, sino en un dedal, y aún caben en él las victorias de tres o cuatro meses más. Como es consiguiente, empiezo a ponerme de buen humor, predispuesto a la risa. ¡Conque, extremadamente pobres aquellos resultados, y no hay en el diccionario palabras bastante expresivas para cantar la sublime estrategia que pone en manos de los aliados «un elemento de trinchera!» ¿Dónde tendrá los ojos y de qué planos se valdrá el mister para sus desahogos? ¡Qué descansado se quedará después de su labor crítica! ¡Y qué bien dormirá!... ¡si le dejan conciliar el sueño las pesadillas rusas! ¿Les parece a ustedes poco chiste?

(El señor A).—¿Aún pone V. en duda el fracaso de los alemanes?

—¿Porque se han adueñado de Bélgica, con todas sus fortalezas, de...?

(El señor A).—¿Y la opinión pública, dónde la deja V?

—¡Caramba! ¡Me ha aplastado V.! Si los alemanes supieran idiomas y leyeran los periódicos franceses, ingleses e italianos, se declararían en fuga. ¡Vea V. cómo a veces la ignorancia y el obscurantismo resultan útiles! ¡Cuánto mejor hubiera sido—para el mister y para el monsieur Barrés—que Hindenburg estudiara inglés, en vez de aprender estrategia!

(El señor B).—Los juicios de los críticos aliados no dejan de ejercer sus efectos en el cuartel general alemán, y aun en el mismo Kaiser.

—¡Díganlo los rusos! Cada victoria periodística en el Oeste es la señal del ¡sálvese quien pueda! en el Este. Estoy viendo al Gran Duque otra vez a la cabeza de sus ejércitos.

(El señor A).—Ni en hipótesis. El Czar no renunciará al mando, una vez lo ha asumido, y dirigirá la guerra hasta su desenlace.

—No lo digo por el Czar; es que me parecía que las antiguas tropas del Gran Duque irían estratégicamente al Cáucaso, a ponerse a las órdenes de su caudillo, no porque los alemanes aprietan, sino por dar la razón a los aliados, que no caben de gozo en su pellejo cada vez que los rusos ejecutan una retirada maestra o magistral, del magister X o Y. Será curiosa la historia de la guerra que después de la paz

se escriba en ciertos países: «Derrota de los alemanes: sólo se han apoderado de mil kilómetros cuadrados y cien mil prisioneros». «Gran victoria: los rusos, que estaban en las fronteras de Silesia, han entrado triunfalmente en Moskú». «Prosiguen los éxitos de los aliados: nos hemos apoderado de un clavo de un elemento de trinchera, cayendo en nuestras manos una bayoneta rota y una granada enemiga, que al estallar nos ha dejado mancos». «Espléndido triunfo de los italianos: las aguas del Isonzo viértense en el Adriático, quieran o no quieran los austro-húngaros». «Descalabro alemán: al entrar el enemigo en Verdun, han resbalado dos caballos, y los ginetes han salido descalabrados».

(El señor A).—¡Basta de fantasías, don Subriol! Pruebas son amores y no buenas razones.

—¿Qué quiere V. decir, citando este proverbio?

(El señor A).—Que en vez de dejar correr a la loca de la casa, me demuestre V. que los alemanes no han fracasado.

—Mal lo puedo demostrar, cuando lo creo yo también.

(El señor B).—¿Cómo? ¿Es otra guasa de V?

—En todo caso, lo sería del mister. Los argumentos—de algún modo los hemos de llamar—de Repington, me han convencido de que los alemanes han fracasado en el Este y los rusos han logrado lo que se proponían; para que la victoria de los aliados sea completa, sólo falta que sus generales se hagan dignos de los mismos elogios que ha merecido el Gran Duque, esto es, que Joffre y French y Hamilton y Cadorna, desarrollen la misma estrategia que los rusos; entonces, las alabanzas y encomios comprenderán a todos, y para que en su día no haya diferencias, el mister ha previsto el caso y les dice a sus compatriotas: «lo que ha hecho el Gran Duque es magistral, y los alemanes son unos bobos; más adelante, también obraremos magistralmente nosotros. ¡Alégrense ustedes!»

(El señor A).—¿Y los alemanes?

—¡Perecerán ahogados en el Atlántico, en el Adriático, en el Mediterráneo, en el mar Negro y en el mar Caspio! Esta es la dialéctica de Repington.

SUBRIO ESCÁPULA

CRONICA MILITAR

I. El cuerpo de ejército ruso.—II. Aparición de la gran guerra en el frente oriental.—III. Importancia de los Dardanelos.
IV. Las operaciones en el frente occidental.—V. La situación el 30 de septiembre

I.—El cuerpo de ejército ruso

La organización de las grandes unidades estratégicas es un índice fiel de las características de los diferentes ejércitos. La cualidad preponderante en el alemán es la tendencia a la maniobra—aunque se ha divulgado la errónea creencia de que el método favorito se sintetiza en el ataque frontal, sin reparar en bajas—, y en este concepto, se ha reducido, como dije en otra *Crónica*, la fuerza combatiente a lo indispensable y en cambio han sido espléndidamente dotados los servicios de retaguardia, consiguiéndose una movilidad que no ha podido igualar ningún otro ejército.

El cuerpo de ejército ruso es la antítesis del alemán, compuesto, en general, de tres divisiones, y constando los regimientos de cuatro batallones—excepto los de tiradores o cazadores, que tienen tres—, el número de combatientes es muy grande; toda la artillería, al contrario de lo que hacen en Alemania, se encuadra en las unidades de primera línea, y pasan también a ésta servicios que en otras naciones figuran en la segunda. En cambio, los de retaguardia no están lo bastante desarrollados, ni tienen la elasticidad suficiente para seguir al cuerpo de ejército si éste ejecuta algunas marchas rápidas.

Resulta de todo esto, que el Cuerpo ruso es pesado, poco maniobrero. Las mismas divisiones y

cuerpos de caballería, excelentes, adolecen de igual defecto, y no pueden alejarse a grandes distancias del grueso del ejército. En cambio, cuando el Cuerpo de ejército hace alto y despliega para el combate, en un frente poco mayor que el ocupado por la unidad correspondiente alemana, su potencia de acción es considerable, bien que disminuida por la escasez de grandes calibres en su artillería.

La pesadez en el movimiento y la tenacidad en la lucha, que caracterizan al soldado ruso, se reflejan, pues, en la organización del ejército; y aunque ésta ha de hallarse en consonancia con el modo de ser nacional, y desde este punto de vista es acertada, claro está que la armonía no ha de llevarse hasta el punto de que padezca y sufra menoscabo la eficiencia militar.

Las dos invasiones de la Prusia oriental, la contraofensiva en Polonia en octubre de 1914, toda la campaña de Galizia y los Cárpatos, y las operaciones que han tenido lugar desde el mes de abril, han patentizado el vicio orgánico de aquel ejército. Salvo en pequeños detalles, el cuerpo de ejército actual tiene la misma composición que en 1904-05, lo que quiere decir que la guerra ruso-japonesa no ofreció sanas enseñanzas al Imperio, a este respecto. Ello se comprende, porque aquella campaña fué de posiciones y porque los japoneses apenas desarrollaron incipientes maniobras estratégicas.

Cierto es que los rusos podían haber aprendido algo de sus vecinos del O.; pero aunque muchos oficiales de aquel ejército eran apasionados del alemán, en el aspecto estrictamente profesional, en las altas jerarquías había verdadero orgullo en diferenciarse de las orientaciones prusianas, que se atribuían a la impotencia de llegar a igualarse con las colosales fuerzas militares del imperio asiático-europeo.

En las maniobras anuales, en los simples ejercicios de las armas, se advertía la tendencia a servirse de la masa, y se menospreciaba la movilidad. La caballería constituía una excepción; y hubiera prestado mejores servicios en esta guerra, con todo haberlos desempeñado muy buenos, si se la dotara mejor de elementos de segunda línea. Se daba el caso del atleta, que desprecia la agilidad y la destreza.

Esta vez, es de esperar que la lección, muy dura, habrá hecho efecto, y que se afloje la organización, demasiado maciza, del ejército ruso, desde el cuerpo de ejército al simple batallón, incluyendo la artillería y los ingenieros; y sobre todo, que se atienda con más cariño a los servicios de retaguardia, cuya extraordinaria importancia es una de las grandes enseñanzas de la presente guerra.

II.—Aparición de la gran guerra en el frente oriental

De intento no aguardo a que se despeje la situación, ni siquiera a la última fecha compatible con la publicación del presente cuaderno, para ocuparme hoy, 27 de septiembre, en el caso realmente extraño que se ha planteado en el frente oriental; por lo mismo que ahora no se vislumbra el desenlace ni la finalidad de los movimientos de los dos beligerantes, el juicio puede ser más imparcial y sereno.

Iniciaron los alemanes su campaña con una do-

ble maniobra de ala que se dirigía a envolver el centro ruso, luego de separarlo de sus alas. Se consiguió plenamente este objetivo en el S., puesto que Ivanov (en Galizia) quedó cortado del centro; pero éste, oblicuando hacia el N., mantuvo el enlace con su ala derecha, en Curlandia, y se necesitó más de un mes para romperlo, lo que se logró mediante la maniobra de Vilna. Obtenido este primer éxito estratégico, la segunda fase de la campaña podía consistir: 1.º en desdoblar el envolvimiento del centro, para caer de flanco sobre las dos alas rusas; 2.º atacar una de estas alas y prescindir de la otra, acometiendo por un flanco al centro; 3.º no hacer caso de las alas y proseguir la maniobra contra el centro. Veamos cuál es el partido adoptado por los alemanes.

Rota la unión entre el centro ruso y el ala izquierda, parecía natural que el ejército de Mackensen, que se había interpuesto entre ambos, se rebatiera hacia el S. E., y amenazando de revés a las tropas de Ivanov las obligara, casi sin combate, a evacuar la Galizia oriental. Lejos de obrar así, Mackensen pronuncia cada vez más hacia el N. E. su dirección de marcha; se crea entonces una solución de continuidad, al S. del Pripet, entre él y los austro-alemanes de Galizia, resultando que voluntariamente los alemanes rompen el contacto entre sus ejércitos del centro y los del S. o ala derecha. Es verdad que estos últimos ganan terreno en Galizia y Volinia, pero a los pocos días les detiene la contraofensiva rusa, cuya presión va en aumento en Volinia permitiéndoles recuperar gran parte del terreno perdido. No obstante, Mackensen no se preocupa, ni tampoco abandona su objetivo cuando la caballería rusa aparece al S. del Pripet, amagando el flanco N. de los austro-alemanes de Volinia. ¿Es esto un error de los alemanes, que a la postre tendrán que modificar la posición de Mackensen? Difícil es admitirlo, porque hace más de tres semanas que se está viendo clara la contramaniobra de Ivanov, a pesar de lo cual los tres grandes ejércitos alemanes del centro no parecen prestarle atención.

En el N., la lucha en el Duina está pasando por continuas alternativas desde fines de julio. Por fin la derecha rusa y el centro han sido cortados en el Vilia, y aquella forma un extraordinario saliente en el frente general, prestándose a ser acometida por la espalda por las tropas de von Eichorn y la caballería, que pondrían, si se lo propusieran, a los rusos en el caso de evacuar la línea Riga-Dvinsk. Nada de esto se intenta; al contrario, el centro alemán avanza y no vacila en adelantarse a las dos alas, exponiéndose a recibir un doble golpe de flanco. Situación es ésta verdaderamente extraordinaria, y a la cual sólo se encuentra una de dos explicaciones: 1.ª no son temibles los ataques de las alas rusas y el único objetivo militar está en el centro; o 2.ª los alemanes están obrando con notoria torpeza desde mediados de agosto. Acepte el lector la explicación que más le agrade, hasta que los hechos hablen por sí mismos. Con objeto de contribuir a orientar el juicio, conviene fijarse en lo que sigue.

El resuelto avance del centro alemán y la convergencia de esfuerzos de los ejércitos de Hindenburg (menos Below), Leopoldo y Mackensen, parece que tiene por objetivo Minsk. Pero ¿es una mera ocupación de territorio lo que persiguen o la finali-

dad es más trascendental? Si fuera lo primero, mejores frutos diera la detención del centro y el doble movimiento contra las alas rusas, cuyas consecuencias serían el dominio de la mitad de las provincias bálticas en el N., y la de Volinia y la invasión de la Besarabia, en el S. El efecto moral de ambas empresas sería mayor sobre el pueblo ruso, sus aliados y los reinos balcánicos, que el de una notoria penetración en el sector de Minsk. No obstante, los alemanes desatienden esos objetivos secundarios y desenvuelven inflexiblemente su acción en el centro. ¿Qué significa esto? Si no están equivocados por completo, quiere decir que ven la solución de la guerra en el centro y no en las alas; que en ese centro se encuentra el ejército ruso principal, y que, ante todo, quieren derrotarlo o, si se retira, arrojarlo en dispersión a una comarca desprovista de comunicaciones, en la cual ya no será temible. Y da a comprender que no se engañan, la heroica y desesperada resistencia de ese centro ruso, que se revuelve furioso en todas partes y no cede terreno de buen grado, como lo cedió en Polonia, sino que lo defiende palmo a palmo; no busca su salvación en la retirada, no, como antes: quiere contener a todo trance al invasor.

Se comprende que sea así, porque suponiendo que el éxito acompañe todavía a los alemanes dos o tres semanas, el ejército ruso del centro habrá desaparecido y quedará decretada la suerte de las alas, cualesquiera que sean las ventajas momentáneas que alcancen.

A la defensiva las dos alas alemanas y a la ofensiva el centro, es menester, para que éste recoja el fruto de sus inmensos sacrificios, que aquellas se sostengan mientras dure la maniobra del ejército principal, o si se repliegan, que no sea tanto que descubran demasiado los flancos del centro.

Los rusos han visto por fin con claridad la situación, y sus combinaciones se enderezan—independientemente de la forma que revisten—a paralizar el ataque que desarrolla el centro enemigo, contratacándole directamente y amenazándolo por el N. y por el S. Están, pues, frente a frente dos pensamientos estratégicos, ambos loables, ambos bien fundados; son dos iniciativas opuestas las que luchan, caso nuevo en la guerra contra Rusia, en cuyas anteriores campañas la iniciativa rusa sólo lanzó de vez en cuando débiles rayos que se extinguieron a los primeros golpes del adversario. Para los profesionales, y para todo el que se haga cargo de las consideraciones que preceden, la situación en oriente ha llegado al grado supremo de interés. Durante cerca de tres meses, el plan alemán se está ejecutando con un método y una perseverancia ejemplares, a prueba de contratiempos locales; próximo a su realización total, los rusos se han dado cuenta y oponen a él, no ya la resistencia pasiva, como antes, sino la maniobra, que vale infinitamente más. Esto sí que es la guerra, la guerra militarmente sublime, que en vano habíamos buscado hasta aquí en todos los teatros, porque sólo se llega a ella cuando los dos adversarios persisten en sus planes y los desarrollan con resolución y vigor. Los artífices han desaparecido y han cedido su puesto a los artistas: ¡es la guerra!

III.—Importancia de los Dardanelos

Una campaña de cinco meses no ha servido a los aliados para abrirles las puertas de los Dardanelos, ni siquiera para darles esperanzas fundadas de que este objetivo llegará a ser un hecho. Prácticamente, se encuentran casi en los mismos puntos que desembarcaron, o sea dentro del radio de acción de los cañones de los barcos. El caso no es extraordinario ni menoscaba la reputación de las tropas expedicionarias, porque desde el momento que se han concretado los puntos de ataque, el defensor puede ir llevando a ellos las tropas y recursos demandados por las circunstancias, mientras que el invasor ha de resolver de continuo difíciles problemas de municionamiento y abastecimiento. La campaña de Crimea no puede ser repetida contra ninguna nación que tenga un ejército medianamente organizado.

La mejor manera de vencer la resistencia de los turcos hubiera sido multiplicar los desembarcos y llevar la guerra a zonas distantes entre sí y de vital importancia. Pero aunque el litoral del Asia Menor está casi indefenso, faltan comunicaciones terrestres para que las operaciones de los ejércitos desembarcados se relacionaran y concertaran entre sí, y los grandes objetivos, o se hallan muy distantes o muy en el interior, fuera del alcance de una invasión. Para llegar a Constantinopla, el camino natural está en Tracia (pero ello requiere la cooperación de Bulgaria) y el Bósforo, viniendo desde el mar Negro; por ahí pensaba obrar Rusia, pero sus derrotas en Polonia la obligaron a desistir de esta idea.

El reembarco de las tropas equivaldría a la derrota moral, precursora de la material, de los aliados; aparecería de nuevo la amenaza contra el canal de Suez y Egipto, que es de creer ha sido aplazada y no desechada, y todo el mundo musulmán se agitaría contra Inglaterra. Es decir, que abandonando los Dardanelos, la Gran Bretaña aflojaría los fuertes lazos que retienen a la India y al N. E. de África. Es un paso, militarmente malo, aunque pudo tener incalculables consecuencias políticas, que una vez dado hay que sostener. Se han colocado los aliados en una posición falsa, establecida bajo un pie forzado, y han deparado a sus adversarios la posibilidad de obtener un éxito que, de otro modo, jamás hubieran alcanzado. Si podrán aprovechar o no los austro-alemanes las ventajas de esa equivocación militar, no puede predecirse y hay que esperar al tiempo para que la respuesta brote por sí misma.

Llevando la guerra a Turquía, los franco-ingleses pusieron a los alemanes en la necesidad de acumular sus fuerzas contra Rusia. El 18 de marzo se desvanecieron las dudas, si existían, que tuviera el gran cuartel general alemán sobre la marcha de conjunto que convenía dar a la guerra. Porque al dispararse el primer cañonazo en los Dardanelos, surgió íntegramente la siempre aplazada y muy temida cuestión de oriente, y se dió un fuerte aldabonazo para que Rumanía, Bulgaria y Grecia intervinieran en la guerra. Sólo que era menester un éxito militar rápido, para que el golpe tuviera las consecuencias que de él se esperaban.

La resolución del problema de los Dardanelos por la fuerza de las armas es más difícil de lo que parece. Conocidos los inmensos obstáculos que se

oponen al triunfo de los aliados, no son mucho menores los que han de presentarse a los turcos. Mientras el dominio del mar pertenezca a Inglaterra y Francia, no faltará lo indispensable a los ejércitos expedicionarios y apenas se concibe que lleguen a verse en la necesidad de tener que reembargar, toda vez que la escuadra los protegerá con una lluvia de acero de su artillería. Mucho harán los turcos con tener a raya a sus adversarios y no permitirles avanzar, sin que quepan grandes esperanzas de obtener un triunfo decisivo. La victoria han de buscarla en el mar, más que en tierra. Si Alemania pudiera llevar al Egeo veinte submarinos, los barcos de guerra británicos y franceses no estarían seguros, serían echados a pique los transportes y la repatriación de las tropas se impondría. Mientras no llegue este caso, las operaciones no perderán su carácter de languidez y la lucha será indecisa.

El agotamiento financiero de Turquía o la falta de municiones, podrían provocar una decisión rápida; pero éstas son eventualidades con las que no se debe contar al emprender una guerra. La descomposición interior del Imperio otomano o un alzamiento popular tendrían las mismas consecuencias; su antecedente natural sería una derrota, y hasta ahora las operaciones no van por este camino.

De suerte, que en los Dardanelos se ha creado una situación particular, cuyo término no alcanza a vislumbrarse. Los unos son más fuertes en el mar y tienen el dominio de las costas; los otros son más poderosos en tierra, y por ella se quiere forzar el paso de Constantinopla. Los primeros poseen recursos inagotables, pero están muy lejos del teatro de operaciones; los segundos, más pobres en todos conceptos, disponen de cortas y fáciles líneas de comunicaciones. Los factores que están frente a frente son heterogéneos y no se prestan a comparaciones de las que pueda deducirse algo fundado. Tienen a su favor los aliados la ventaja de poseer la iniciativa y llevar la guerra al país enemigo; en compensación, los turcos ocupan posiciones dominantes y sus tropas están más descansadas. Alemania ha tenido que llevar la guerra a su frente oriental, desatendiendo el occidental; mas, lo mismo han hecho los aliados, porque los muchos miles de hombres dirigidos a los Dardanelos, no hubieran dejado de influir en las operaciones en Francia y Flandes si se les empeñara en el oeste. Hasta ahora, esta cuestión de los Dardanelos ha sido dañosa a todos los beligerantes, en el concepto militar, y para ninguno beneficiosa.

Antes de dos meses, las lluvias otoñales harán aún más penosa la existencia de las tropas que peleen en los Dardanelos, y es muy de temer que aparezca y se extienda alguna grave epidemia, que tal vez desatara el nudo por sí mismo.

En otro aspecto, la acción militar contra Turquía ha demostrado una vez más la capital importancia que tiene el Mediterráneo, centro del mundo y donde han de ventilarse las cuestiones que impriman rumbo definitivo a la marcha de la civilización y al porvenir de todos los pueblos de la tierra. Para los neutrales, es más interesante lo que acontezca en el Egeo y los Dardanelos, que el tremendo conflicto que conmueve a casi toda Europa, porque lo que ocurra en el Mediterráneo afecta a Europa, Asia y África.

Si los imperios centrales o Bulgaria tomaran a su cargo la empresa de ayudar directamente a los turcos en los Dardanelos, el problema cambiaría de aspecto. Las tropas expedicionarias serían arrojadas a la orilla del mar, se sostendrían allí mientras los acorazados y grandes cruceros las apoyaran, pero un temporal persistente, una densa niebla, un tiro afortunado de una batería pesada, dejarían desamparadas momentáneamente a las tropas y serían exterminadas. Para el conjunto de la guerra, esto tendría más gravedad que la derrota de Rusia.

Conocida la perseverancia alemana y siendo evidente la presencia de fuerzas turcas no lejos del canal de Suez, es verosímil, por lo menos, que se estén abriendo caminos y tendiendo ligeras vías férreas para facilitar un ataque formal contra aquella vitalísima arteria. No será de temer el golpe, ni es probable, mientras los ingleses tengan puesta su planta en Turquía; suponiendo que sean expulsados de allí, los musulmanes, que podrán estar sometidos, pero nunca bien hallados en el fondo con sus dominadores, vislumbrarán próximo un porvenir al que jamás renunciaron, y llegará el momento más crítico porque habrá pasado la Gran Bretaña en los tres últimos siglos.

Sin embargo, es de tal vuelo el pensamiento de llevar tropas alemanas a Gallípoli, que aun cuando esta guerra nos está acostumbrando a enterarnos sin asombro de hechos que hace dos años hubieran parecido increíbles, que antes de que lo confirme la realidad han de acaecer muchos y graves sucesos.

Para quienes se contentan con la parte visible y material de las cosas, sin ahondar en sus causas; para aquellos que sólo atribuían la guerra a razones comerciales o a caprichos de dominación, la lección no puede ser mas concluyente. El problema de oriente, que viene agitando a Europa desde la Edad Media y que ha dado lugar a tantas guerras en el siglo XIX, se planteó en 1912 por los pueblos allí establecidos y no por otros, pero como interesa a todo el mundo, en aquel mismo momento—así se dijo en la publicación anterior a la presente—se hizo inevitable la guerra europea, que apenas tardó un año en estallar. Es la marcha de la civilización lo que se ventila: ¿ha de pesar sobre Europa la influencia asiática, o el Asia ha de quedar abierta al progreso europeo? No hay en el fondo otra cosa. Lo notable del caso es que en cada uno de los dos bandos hay un factor asiático: Rusia y Turquía. Este último está destinado a desaparecer, íntegramente si vencen los aliados, en su espíritu y procedimientos si triunfan los imperios centrales. De esta suerte, esta gran guerra, como todas las que han conmovido hondamente a muchos pueblos, tiene una finalidad y una trascendencia inmensas, que modificarán el rumbo de todos los pueblos de la tierra. No en vano se ha dicho, y es verdad, que el camino de la civilización ha sido abierto por la espada. Sirva de lenitivo este pensamiento al pesar que causan las tribulaciones que pesan sobre cuatrocientos millones de personas.

IV.—Las operaciones en el frente occidental

Recordarán mis lectores que al ocuparme en la organización defensiva del frente occidental, puse en duda la pretendida invulnerabilidad de las líneas

atrincheradas de los beligerantes, diciendo de ellas que no resistirían un ataque resuelto ejecutado con fuerzas importantes. Los acontecimientos de los últimos días han confirmado lo que entonces dije, siendo lo nuevo del caso que hayan sido los aliados y no los alemanes quienes abandonaran su actitud expectante y la trocaran en una enérgica ofensiva.

En el sector de Ipres, en Loos, al N. y S. de Arras y en la Champaña, entre Reims y el Argona, un violento ataque de los aliados dió por resultado un ligero avance en Loos, la ocupación del pueblo de Souchez, la captura de otras posiciones en la región de Arras y la conquista de la primera línea alemana en la Champaña, en una longitud de veinte kilómetros y una profundidad de uno a cuatro; más de 25,000 prisioneros y 125 cañones cayeron en manos de los aliados. Por lo que dan a comprender los partes oficiales, al ataque precedió un furioso bombardeo de sesenta horas, que no sólo dió por resultado la desorganización de la primera línea alemana, sino también la destrucción o inutilización parcial de las comunicaciones que enlazaban aquella con la segunda. Es de creer que la demostración preliminar se extendió a otros puntos que los mencionados, porque de lo contrario los alemanes hubieran acumulado las reservas en los sectores de ataque, y éste tropezara con serios obstáculos. Lo positivo es que la división alemana que cubría el frente Lens-Arras fué destrozada y perdió casi todo su material de guerra, y que en la Champaña la ruptura de la línea alemana adquirió tal gravedad, que se hizo necesaria su total evacuación y el repliegue a la segunda. Obtenidos estos primeros éxitos, es probable que la continuación, tenaz y sin reparar en sacrificios, del estuerzo, diera por resultado la ruptura de la segunda línea, y que el triunfo táctico tuviera consecuencias estratégicas, representadas por una modificación general de todo el frente alemán; no ocurrió así. En parte por el cansancio y las bajas de las columnas de asalto, en parte por cierta vacilación—que es bien visible—en el mando, y sobre todo, por los contraataques pronunciados casi enseguida por los alemanes, se rompió la continuidad del empuje, y se dió tiempo al defensor para adoptar las medidas reclamadas por la gravedad de las circunstancias. En las jornadas del 26 al 28 reinó una calma relativa y los alemanes mejoraron en algunos puntos su situación. El 29 ha recrudecido la actividad, y parece que en los presentes momentos se está librando otra batalla tan sangrienta como la primera. Perdieron en ésta los aliados unos seis mil prisioneros y algunos cañones.

El triunfo anglo-francés apenas tiene importancia considerado de un modo absoluto; se están pasando en silencio avances y victorias de mucho mayor vuelo, en el frente oriental. Pero como no hay paridad en las dos campañas, ni apenas existe semejanza entre el ejército ruso y el francés, la batalla del 23 al 25 en Flandes, Artois y Champaña tiene una significación que conviene poner de relieve.

En primer lugar, aunque ya se sabía que el ejército aliado era muy superior en número al invasor, se admitía generalmente que la robusta organización defensiva del frente, la solidez de las tropas alemanas y el oportuno empleo de las reservas, frustrarían cualquier tentativa de ruptura. Los hechos acaban

de demostrar lo contrario. Cuando la desproporción de fuerzas es mucha y el atacante conserva su buen espíritu, no hay reparo pasivo, ni obstáculo artificial capaz de suplir en absoluto la debilidad del defensor. Se ha puesto de manifiesto, en segundo lugar, la escasez de los efectivos alemanes, revelada en el detalle de que los contraataques han sido parciales, aislados, sin abrazar el conjunto de cada sector. El ejército francés ha demostrado que no ha perdido su moral y que está muy por encima del británico, a pesar de las excelentes dotes combatientes del oficial y soldados ingleses: los más de los prisioneros hechos por los alemanes son británicos, y la ofensiva de French, emprendida con masas inmensas, tuvo mínimos resultados. Finalmente, no puede haber duda de que si los franceses se lo proponen, los alemanes serán arrojados de Francia, a condición de que Joffre no repare en derramar la sangre de sus tropas. Aparece lógicamente ahora la segunda parte de este interrogante: ¿en qué estado quedaría el ejército francés después de una ofensiva tan sostenida? ¿se encontraría en estado de oponerse a una segunda invasión alemana, el día en que termine o se suspenda la guerra en el Este? en otros términos: ¿la victoria de hoy, implicará la derrota de mañana?

Nadie, ni aun los mismos cuarteles generales, se encuentran en estado de responder con precisión á estas preguntas. El examen general de la situación da a entender que Francia no quiere extremar sus sacrificios, y que ante todo se propone poseer un margen de fuerzas para no ser derrotada en la fase final de la guerra. De otro modo, la victoria por desgaste, no sería para Francia, sino para Alemania. No hay lugar a dudar sobre este punto, toda vez que nadie habra olvidado la prudente y circunspecta actitud de los franceses durante el largo período de los desastres rusos. Y ahora, cuando la ofensiva contra las tropas del Czar está llegando a su período final, modifica Joffre su plan y se arroja contra el invasor. De donde parece deducirse que los sucesos de Rusia no han influido en el mando de los aliados, ni tampoco obedecen al deseo de empujar a los alemanes fuera del N. de Francia ni más allá de Bélgica, porque antes de conseguir un fin tan apetecido quedaría destrozado y exangüe todo el ejército atacante.

En la actitud de Bulgaria se encuentra el origen de lo acaecido en el oeste. Si Bulgaria abraza el partido de la guerra y apoya, aunque sea indirectamente a Turquía, las tropas expedicionarias que luchan en Gallipoli corren serios peligros; un fracaso en los Dardanelos iría seguido inmediatamente de otra tentativa, esta vez mejor preparada, contra el canal de Suez, y la Gran Bretaña sería atacada en su punto más vulnerable. De aquí la conveniencia de detener a Bulgaria y de ejercer presión sobre Rumanía y Grecia. No basta, empero. Serbia no podría resistir una agresión búlgara, combinada con un ataque austro-alemán en la región del Danubio, y los Balkanes se abrirían a las tropas de los dos Imperios, que rápidamente se trasladarían a Gallipoli. Sería, pues, necesario que Inglaterra y Francia enviasen a Tracia o Macedonia un ejército contra Bulgaria, y entonces se repetiría el error militar en que se incurrió al emprender la expedición a los Dardanelos. Mientras los austro-alemanes no han distraído sus tropas de los teatros inmediatos a sus respectivos

países, los aliados han desviado sus energías a teatros excéntricos. Antes de incurrir otra vez en la misma falta, es lógico que el ejército que, en todo caso, debiera ser despachado a la península balcánica, sea empeñado, con más utilidad, contra el enemigo principal; porque de la misma manera que venciendo los alemanes en Gallípoli y Suez llegarían a una paz victoriosa, el triunfo definitivo de los aliados en Francia o de los rusos en el Este pondría término a la guerra. ¿Han sido estos los motivos que han aconsejado el brusco cambio de plan de Joffre y French? Así lo creo, y opino además que se persistirá en el esfuerzo, y que en vez de perder cien o doscientos mil hombres en los Balkanes con resultado problemático, se sacrificará un número igual de combatientes contra el enemigo principal. Puesto que a los alemanes conviene trasladar la guerra a otros parajes y resolverla en los teatros donde el enemigo sea más débil, interesa a los aliados no prestarse a esta combinación, antes al contrario, concentrar y reunir su potencialidad en el territorio nacional.

Como consecuencia, no es de creer que Francia lleve hasta el límite su sacrificio para expulsar al invasor, a menos que Bulgaria modifique su actitud. Poco puede esperarse de Rusia, y los aliados del Oeste deben encontrarse preparados a hacer frente por sí mismos a un empuje desesperado de los imperios centrales, lo cual obliga a no inutilizarse antes de tiempo. Pero si, cualquiera que sea la resolución de Bulgaria, Francia e Inglaterra han desistido de operar en los Balkanes, debe esperarse que las batallas en el frente occidental prosigan con energía dos o más semanas.

De esta suerte, el oriente europeo ha vuelto a ser el eje a cuyo alrededor giran las operaciones en todos los teatros, porque allí se encontraría la solución final, y allí irían todos a buscarla de no oponerse la situación creada en los otros tres frentes y que no cabe ya interrumpir.

En resumen: las recientes batallas en Francia no han modificado de un modo perceptible la posición respectiva de los beligerantes, pero han revelado lo precario de la ocupación alemana. El gran problema consiste en la decisión del gran cuartel imperial; si éste se impresiona por el descalabro de Artois y Champaña, las operaciones en Rusia se resentirán y podría darse el caso de una nueva retirada del Marne. Mas de algo ha de servir la experiencia adquirida: la invasión de la Prusia Oriental por los rusos puso término a la arrolladora invasión en Francia, sin ventaja en el frente Oeste ni en el Este. ¿Tendrá lugar otra torpeza del mismo género? Sería imperdonable. Planeada una campaña y desarrollada felizmente, no se la debe interrumpir, suceda lo que suceda en los demás teatros. Es un principio elemental, porque el que quiere acudir a todas partes y ser fuerte en todos los puntos, subdivide sus fuerzas y fracasa donde quiera.

V.—La situación el 30 de septiembre

No obstante, en los últimos días ha disminuído la intensidad de las operaciones alemanas contra

Rusia. Nuevamente están siendo empujados hacia el E. los moskovitas en Galizia y Volinia, sin que los combates revistan, empero, grandes proporciones. Se lucha con tenacidad en las orillas del Duina, acercándose lentamente los invasores a Dvinsk. En el sector entre Vilna y Minsk—el de más interés del teatro Oriental—los rusos contraatacan furiosamente y la situación se presenta indecisa; Leopoldo avanza más deprisa, y Mackensen ha reanudado su ofensiva. El tono de los partes alemanes da a comprender que los tres ejércitos de Eichorn, Gallvitz y Scholtz están desenvolviendo una maniobra, cuyo resultado no se hará esperar. Están desplegando los rusos un esfuerzo supremo, inconcebible en cualquier otro ejército después de los desastres padecidos, para conservar en su poder la región de Minsk, y es natural que, como aconteció en Vilna, traten los alemanes de preparar la victoria mediante una combinación estratégica; precisamente la rectificación de su frente de batalla, que antes presentaba la concavidad al enemigo, es un indicio de que hay a retaguardia movimientos de tropas encaminados a vencer la última resistencia rusa. Es claro que puede deberse la relativa paralización del avance alemán al envío de tropas al Oeste y al Danubio, pero, repito que no lo creo. Ampliamente expuse mi opinión sobre la equivocación del gran cuartel general en los primeros días de septiembre de 1914, y desde entonces no ha habido el menor síntoma de vacilación en el alto mando.

En estos momentos culminantes, precursores de la fase final de las operaciones contra Rusia ¿se admitirá el malogro de los frutos ya obtenidos, resignándose a la indecisión en todas partes, sin el éxito en ninguna? Si para algo sirven la estrategia y las lecciones de los acontecimientos pasados, ha de concluirse que los aliados persistirán en sus ataques en el Oeste y en su contraofensiva general en el Este, y que los alemanes no cejarán en su acción contra el centro ruso, donde se encuentra acaso la clave de toda la guerra. Pronto los sucesos me darán ó quitarán la razón. Por el momento, se ha acentuado el movimiento de Mackensen en dirección al N. E., tendiendo a concurrir su presión con la de los ejércitos del Norte.

En el frente austro-italiano no ha ocurrido novedad. La ofensiva franco-inglesa no ha repercutido en Italia, lo cual confirma que aquella obedece principalmente a la agitación en los Balkanes. Con todo, la ocasión parecía propicia para que en los tres frentes concertaran su acción los rusos, ingleses, franceses e italianos; la debilidad de origen de las alianzas ha tenido nuevamente confirmación.

Tampoco han ocurrido acontecimientos de importancia en Gallípoli.

Se ha decretado la movilización en Grecia; Rumanía persiste en la neutralidad y Bulgaria no ha declarado la guerra.

Las avanzadas turcas se han aproximado al canal de Suez, dominando con sus fuegos en ciertos sitios.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

1.º octubre 1915.